

El lenguaje humano no opera como ponemos a conversar a los animales en las fábulas.

Una reflexión sobre el lenguaje, el conversar, el dialogar, el informar y el comunicar*

Human language does not perform as animals speak on fables.
A reflection on language, conversation, dialogue, informing and communicating

*Carlos Alberto Palacio Gómez***

Recibido abril 26 de 2011, aprobado mayo 30 de 2011

Resumen

El presente artículo hace una descripción reflexiva del lenguaje, el conversar, el dialogar, el comunicar y el informar, desde una perspectiva que comprende a los seres humanos siendo biológicos, culturales, y toda dimensión generada con el vivir, ciento por ciento cada una, a cada instante, sin primacía de lo biológico sobre lo cultural u

* El presente artículo surge del desarrollo del Proyecto de Intervención Bio-Multidimensional desarrollado por el Departamento de Humanidades de la Institución Universitaria de Envigado IUE desde el año 2010: “Generando armonía entre los diferentes géneros y generaciones de colombianos, promoviendo el vivir ético desde la dialógica biológica cultural del amar.” Dicho proyecto encuentra fundamento en la idea de Humberto Maturana, según la cual: “una sola generación de niños y jóvenes educados por madres, padres y docentes conscientes de la biología del amar, cambiará el curso de la sociedad colombiana, mediante el paso del cultivo de una cultura de la agresión, al cultivo de una cultura centrada en el respeto y la colaboración, no en el discurso sino en la cotidianidad del vivir”.

** Ph.D. en Filosofía de la UPB, Ingeniero Civil de la Facultad de Minas de la Universidad Nacional de Colombia, Especialista en: Literatura de la Universidad de Medellín, Humanismo de la Universidad Pontificia Bolivariana; y Educación Moral y Cívica de la Universidad Complutense de Madrid. Es candidato a Ph.D en Pedagogía de la Diversidad Sociocultural de la Universidad Complutense de Madrid. Es cofundador del programa de Psicología de la Institución Universitaria de Envigado (IUE) y coautor del Modelo Pedagógico Dialógico de la misma Universidad. Actualmente se desempeña como profesor de tiempo completo en la IUE. Correo: carlospalacio@une.net.co.

otras dimensiones, ni viceversa, sencillamente porque la relación entre los dominios biológico, psicológico, social, espiritual y demás, no es antagónica sino complementaria, en tanto todos surgen de la realización espontánea del vivir, implicándose y modulándose mutuamente, desde el momento en que lo humano se da.

Palabras clave: lenguaje, comunicación, conversación, información y diálogo.

Abstract

This article offers a reflexive description of what language, conversation, dialogue, communication and information are from a perspective that approaches human beings as biological and culture-immersed beings. From a perspective that approaches every single dimension generated by a one-hundred percent living experience, moment after moment, without primacy of the biological dimension over the cultural one, or any other one, nor vice versa. This is simply because the relationship between the biological, psychological, social, spiritual and the other realms is not antagonistic but complementary due to the fact that all of them come up from the spontaneous carrying out of living, mutually implying and modulating, since the very moment the human being is given.

Keywords: language, communication, conversation, information and dialogue.

En las fábulas ponemos a conversar de un mismo modo a todos los animales, independiente de su fisiología y de su historia evolutiva biológica relacional. En ellas hablan de igual forma todos los animales sin importar su deriva filogenética y ontogénica, hablan por igual: los peces con sus bocas y su vivir acuático, los pájaros con sus picos y su vivir celeste, y los perros con sus hocicos y su vivir terrestre; todo lo cual es completamente válido, puesto que esa es la licencia que le confiere a la fábula su singularidad como género literario y es el juego que se le propone aceptar al lector para que ingrese a un nuevo espacio de verosimilitud poética. Lo que pasa es que esa imagen contrastante da pie para hacer visible y criticar una forma de comprender la naturaleza de nuestro lenguaje en la que se lo piensa como si las personas pudieran conversar de cualquier forma independiente de su vivir particular, como si con él pudiéramos referirnos a un mundo al margen de nosotros, o como si el lenguaje no fuera equioriginario con el surgimiento de un operar y de una relación específica de la biología en su medio, esto es, como si no fuera equioriginario con el vivir cultural.

El tratamiento cognitivo de los fenómenos que plantea primacías o jerarquías entre los elementos y los procesos que los componen y que configuran sus estructuras y sus organizaciones o identidades de clase, respectivamente, es un hábito cognitivo del pensar lineal y jerárquico propio de las culturas centradas en los juegos de lucha y de poder, y en las que, para comprender algo, se pregunta por quien o por lo que manda allí. En cambio, en el pensar sistémico e integrador, todos los elementos, procesos, operaciones y relaciones definitorias de la estructura, de la organización o identidad de clase del fenómeno estudiado, son igualmente importantes y determinantes. La presente reflexión es realizada desde la conciencia de que los seres humanos somos el fruto histórico de una biología que nos abre la posibilidad al vivir cultural y de un vivir cultural que va modulando históricamente la deriva de nuestra biología, en un proceso cíclico y recursivo, cuyo resultado es el estado del ser biológico cultural de cada ser humano en todas las dimensiones de su vivir —sicológica, social, espiritual y demás— a cada instante y que hace irrelevante la pregunta por la primacía de lo biológico o de lo cultural en la realización de lo humano (Maturana y Dávila, 2008, p. 243).

El lenguajear

En ciencias humanas es común escuchar que el lenguaje es la marca distintiva de nuestra especie frente a las demás. Efectivamente, como observadores nos resulta natural afirmar, al compararnos con otras especies, que la especialidad de la nuestra, es vivir en conversaciones. También se afirma con familiaridad que nuestro lenguaje es de carácter metafórico, en tanto que con él se gestan sucesivamente nodos y modos distintos por decir y de decir, al someter los decires ya dichos para decir nuevos decires, a fuerzas de torsión inusuales; en la misma dirección se afirma, que el lenguaje de las otras especies es un lenguaje de señales, en tanto está constituido por decires que repiten los modos ya dichos, sometiéndolos a fuerzas de comprensión o de tracción, pero no de torsión.

Decimos que el lenguaje nuestro es doblemente articulado, de acuerdo con lo cual, encontramos en el lenguaje escrito, por ejemplo: letras que conforman palabras, palabras que conforman frases, frases que conforman discursos, y discursos que permiten hablar o escribir sobre letras, palabras, frases y discursos. En la misma dirección afirmamos que el lenguaje de las restantes especies es de una sola articulación, esto significa, que está conformado por señales seguidas de otras señales y así sucesivamente. En fin, en un sentido similar a los ya expuestos, constatamos al observarnos y al observar a las demás especies desde la pregunta por lo que vemos cuando decimos que vemos lenguaje, que el lenguaje humano es una constante deriva de conversaciones sobre lo que conversamos previamente, mientras que el lenguaje de las otras especies, hasta donde conocemos, consiste en un conversar que no conversa sobre lo conversado con anterioridad.

Ahora bien, desde la tradición que sostiene que lo simbólico prima o tiene más influencia que lo biológico en el devenir de lo humano, tradición distinta a la del presente enfoque epistémico, el lenguaje ha sido visto por muchos teóricos como un medio de comunicación, como un sistema de transmisión de información o como un mecanismo con el cual se pueden trasladar símbolos, significados comunes o significados inéditos de un ser humano a otro u otros, mediante conversaciones de cualquier tipo realizadas por cualquier medio. Desde esta óptica bastaría con que dos o más seres humanos, que compartan la lengua o el código de un idioma específico, eviten los ruidos en el proceso de comunicación, para que la información, los significados comunes o los símbolos *ingresen* a los sistemas nerviosos de los seres humanos que ofician en este proceso como receptores.

Desde este modelo transmisionista, comunicacional y simbólico del lenguaje, ni las emociones ni los sentires relacionales íntimos, en que se encuentran tanto emisores como receptores, ni la explicación del funcionamiento del sistema nervioso -acoplado estructuralmente a su organismo respectivo- son considerados para determinar el acontecer

significante o semántico correspondiente a lo que denominamos proceso de comunicación. Los sentires relacionales íntimos son distinguidos como configuraciones sensoriales-relacionales que definen a cada instante el curso que sigue el vivir de un ser vivo o que definen a cada instante el dominio conductual en el que se mueve dicho ser vivo, incluidos los seres humanos que hacemos nuestro vivir en la cultura desde nuestra biología, o lo que es lo mismo desde, en y para la biología cultural (Dávila y Maturana, 2009, p. 4).

Pero resulta que en la vida cotidiana vemos que la consideración de la historia biosimbólica, esto es, de los sentires relacionales íntimos y de las emociones de los interlocutores son cruciales para la determinación de los significados, sentidos e informaciones atribuidos al mensaje del emisor. También es notable que la explicación biológica del funcionamiento del sistema nervioso deba ser incluida en la explicación de los fenómenos perceptuales, comunicativos y de lenguaje, puesto que su participación es evidente en dichos procesos. En este sentido, Maturana afirma que en tanto los seres humanos somos seres vivos, somos estructurados y el principio del determinismo estructural indica que, toda respuesta dada por cualquier estructura, a partir de un estímulo que la perturbe, está siempre previamente determinada en ella misma, lo cual significa que ningún estímulo puede especificar o informar la respuesta de ninguna estructura, sino que tan sólo puede despertarla, activarla o desatarla (Maturana, 2002, p.34).

En el mismo sentido afirma este científico y filósofo, tanto el organismo como el sistema nervioso trabajan con clausura operacional, esto es, en tanto que el organismo y el sistema nervioso son entidades con estructura, todas las respuestas a los estímulos que los perturban están siempre previamente determinadas estructuralmente en ellos mismos; es decir, cuando un estímulo desata en el organismo una percepción, la percepción producida es respuesta del organismo, incluido el sistema nervioso, al estímulo que la perturbó y por lo tanto, no es ingreso de ninguna información, sino respuesta autónoma e inmanente a la

perturbación que, no obstante, sostengo yo, el propio observador puede relacionar con una información. Desde esta perspectiva, lo percibido siempre será producido como una reacción del propio organismo, incluido su sistema nervioso, al estímulo que lo perturba, lo cual implica definitivamente que a ellos no ingresan informaciones, significados o símbolos que se procesarán comprensivamente para luego dar una respuesta inteligente al estímulo que los perturbará.

Ahora bien, si el lenguaje no puede consistir en un mecanismo de transmisión de información sencillamente es porque al organismo y al sistema nervioso como entes estructurados, ningún estímulo externo puede informarles o especificarles sus reacciones, sino tan sólo despertar sus respuestas previamente estructuradas en sus propias estructuras, entonces el mecanismo biológico cultural del lenguaje tiene que ser otro.

Lo que vemos como observadores cuando vemos a dos o más individuos relacionándose en el lenguaje es un modo de interacción particular que consiste en un fluir en coordinaciones de coordinaciones consensuales de haceres, de emociones y de sentires relacionales íntimos (Maturana y Dávila, 2009, p. 5). Desde este punto de vista, pues, el lenguaje no es, en su constitución fundamental, ni palabras, ni significados, ni símbolos o informaciones, sino que es un modo de fluir en coordinaciones consensuales recursivas¹ de acciones, de emociones y de sentires relacionales íntimos, que va generando espontánea y recursivamente: palabras, significados, símbolos, informaciones y todos los elementos que pueden ser distinguidos por un observador como constituyentes de todo lenguaje humano, incluidos los códigos y la lengua, los cuales surgen desde esta óptica como distinciones parametrales de recursividades de

1 La expresión coordinaciones consensuales recursivas de haceres, emociones y sentires relacionales íntimos debe ser comprendida como equivalente a la expresión coordinaciones de coordinaciones consensuales de haceres, emociones y sentires relacionales íntimos. La recursividad es una operación que vuelve a operar sobre el resultado de sus operaciones previas. Así, aplicada al funcionamiento del mecanismo generador del lenguaje humano, quiere indicar que lo peculiar de nuestras coordinaciones es que coordinamos sobre la base de la conservación de coordinaciones previas. Por ejemplo, para vernos con alguien coordinamos el sitio de encuentro, una vez nos encontramos con dicha persona allí, conservamos la cercanía y coordinamos otras acciones, hablar, bailar, etc.

coordinaciones conductuales, emocionales y de sentires consensuales hechas *a priori* o *a posteriori*; es decir, de acoplamientos conductuales, emocionales y de sentires consensuales recursivos que operarán o que han operado para otras coordinaciones de coordinaciones conductuales emocionales y de sentires consensuales.

Por ejemplo, un código de señales de tránsito es un conjunto de coordinaciones recursivas de conductas, de emociones y de sentires relacionales —luz roja>pare; luz verde> siga— que garantizarán otras coordinaciones de coordinaciones conductuales sucesivas, de emociones y de sentires relacionales —desplazarse sobre las vías y entre los otros autos sin colisionar—. La lengua española es una distinción, *a priori* para quienes van a aprender el español como segunda lengua y *a posteriori* de quienes crecieron en medio del español, de las coordinaciones conductuales recursivas, de emociones y de sentires relacionales consensuales que se conservan al fluir en el español. El mecanismo generador fundamental del lenguaje humano es *coordinaciones recursivas de acciones, de sentires relacionales y de emociones*, porque todo flujo de cambios de estado de un organismo visto por un observador en un contexto determinado, es visto por este como un cambio emocional o de sentires relacionales o de conducta del organismo en el contexto en el cual es distinguido y en el caso de la participación en el lenguaje de dos o más individuos, lo que ve un observador es un acoplamiento conductual, emocional y de sentires íntimos recursivos de los lenguajeantes en el que se coordinan coordinaciones. Pero también el mecanismo generador fundamental del lenguaje humano es coordinaciones sucesivas de emociones y de sentires relacionales íntimos *por consenso*, porque los individuos que lenguajean mantienen desde su propio querer, bien sea este consciente o inconsciente, la participación en el flujo recursivo de coordinaciones de acciones, de emociones y de sentires relacionales íntimos del cual participan.

Ahora bien, la explicación de un fenómeno y el fenómeno explicado son fenómenos de distinta naturaleza, en tanto que la primera siempre está referida al segundo, es decir, la explicación de una experiencia es un fenómeno discursivo de orden $n+1$ mientras que la experiencia es un fenómeno discursivo de orden n . La explicación siempre está sujeta a la experiencia que explica como aquello que debe generar, mientras que la experiencia no está sujeta a la explicación, razón por la cual encontramos a lo largo de la historia, múltiples y diversas propuestas explicativas frente a un mismo fenómeno. Piénsese, por ejemplo, en los fenómenos de la salida matutina del sol todos los días o en el de la caída de los cuerpos, y en las diversas explicaciones propuestas de carácter científico, mágico, mítico y religioso en distintas culturas y épocas sobre ellos. La naturaleza de la experiencia y la naturaleza de la explicación, pertenecen a diferentes dominios lingüísticos, uno descriptivo y el otro generativo, y por lo tanto, pertenecen a distintos dominios de coordinaciones de coordinaciones de acciones, de emociones, y de sentires relacionales por consenso que traen a la mano diferentes dominios fenoménicos.

En otras palabras, la explicación de una experiencia es un discurso sobre el discurso que describe la experiencia, razón por la cual, ambos discursos no son equivalentes y por lo tanto, no se pueden intercambiar. La explicación del funcionamiento de una montaña rusa es muy diferente de la experiencia de montar en la montaña rusa y lo mismo sucede con la explicación del lenguaje, su explicación biológica cultural no se parece a tener su experiencia, lo cual es totalmente irrelevante, pero si satisface el hecho de que es un mecanismo productivo que genera el lenguaje humano en toda su complejidad, lo cual es realmente importante, y así lo constatamos en la vida cotidiana al observar la forma como los niños, los jóvenes y los adultos le enseñamos a los bebés el lenguaje, como ejemplifica el biólogo, con juegos de coordinaciones recursivas de acciones, de emociones y de sentires relacionales por consenso.

De este modo, la noción de información como un flujo de símbolos o de significados comunes que van de un emisor a un receptor, egresando e ingresando desde y hacia sus organismos y sus sistemas nerviosos, a través de los órganos de los sentidos, y actuando como vasos comunicantes, queda seriamente rebatida. Desde esta perspectiva, la información no es un factor exógeno que se convierta en un factor endógeno, no es un factor que ingresa desde lo externo circundante hacia lo interno fisiológico, sino que es un fenómeno que se genera desde lo interno fisiológico a partir de la recursividad de coordinaciones de acciones, emociones y de sentires relacionales por consenso, dadas por el organismo del observador en lo externo circundante. Sin embargo, pienso que el hecho de que ni al sistema nervioso ni al organismo ingresen flujos de información, no significa que la experiencia de la información no exista, como concluyen muchos a partir de los planteamientos de los chilenos, sino que la explicación de la experiencia de la información hay que: primero, replantearla en coherencia con el mecanismo que explica el funcionamiento del sistema nervioso acoplado estructuralmente al organismo correspondiente y, segundo, hay que apartarla del lugar que se le había otorgado como explicación fundamental del funcionamiento del lenguaje humano.

La experiencia de vivir en el lenguaje desde un punto de vista biológico cultural, consiste en distinguirse participando de un fluir de coordinaciones de coordinaciones de haceres, de emociones y de sentires relacionales consensuales con otros seres humanos, que surge en la historia de interacciones con otros seres humanos y en el cual quedamos viviendo sumergidos en adelante, aún si por alguna razón nos corresponde hacer algún tramo o el resto de nuestra vida a solas; dicho mecanismo biológico cultural es el responsable de que tengamos experiencias en el lenguaje que denominamos diálogos, conversaciones, comunicaciones e informaciones, las mismas que abordaré a continuación en la misma dirección que traemos, esto es, desde una perspectiva generativa y pos racional y no desde una perspectiva racional, simbólica, positivista o trascendental.

El conversar

La biología cultural sostiene que lo distinguido por un observador cuando dice que ve una conversación, es que dos o más individuos de nuestra especie se relacionan entre sí al coordinar, al mismo tiempo, coordinaciones de acciones, emociones y sentires relacionales por consenso, de cualquier tipo y por cualquier medio. Conversar es sencillamente participar de un proceso de coordinaciones recursivas de acciones, emociones y de sentires relacionales por consenso con otros seres humanos que bien puede ser uno mismo. Tomar una cuerda entre dos seres humanos y tensarla para que uno de los dos la corte, es un ejemplo sencillo de coordinación de coordinación de conducta, de emoción y de sentires relacionales por consenso. Segunda coordinación conductual: tener templada la cuerda mientras uno la corta. Primera coordinación conductual: tomar la cuerda entre los dos; coordinación emocional: estar en el dominio fisiológico conductual de aceptación de la presencia y de la interacción con el otro. Este mecanismo recursivo de coordinaciones de acciones, emociones y de sentires relacionales, donde una coordinación se conserva mientras se hace objeto de otra coordinación que luego se cubre con otra coordinación, es el mecanismo responsable de la ampliación sucesiva y progresiva de los mundos que generamos con nuestro vivir particular los seres humanos.

El mecanismo biológico cultural fundamental del lenguaje humano consiste en coordinar coordinaciones de haceres, emociones y sentires relacionales íntimos por consenso. El hecho de que, en pocos años, un niño pase de la aritmética y el ábaco al cálculo infinitesimal y al ordenador, el hecho de que la especie humana en pocos miles de años haya pasado de la tecnología del leño y del fuego a la tecnología digital y espacial, se explican ambos mediante el mecanismo de coordinaciones recursivas de haceres, de emociones y de sentires relacionales por consenso, que hace que la envoltura de los mundos que vamos generando tenga cada vez un radio mayor.

Es decir, de esta forma de relación entre individuos de nuestra especie, en la que cada coordinación es conservada y cubierta por nuevas coordinaciones, el resultado no puede ser otro que la sucesiva y progresiva ampliación de mundos que experimentamos los seres humanos, hasta que comienzan a menguar o desaparecen, por efecto, precisamente, de la desaparición de los acoplamientos de haceres, de emociones y de sentires relacionales íntimos recursivos que los hacían surgir. Por eso, es que lo humano y lo inhumano se juega en cualquier dominio donde haya lenguaje, con poca o con exuberante tecnología: lo humano y lo inhumano se juega en medio de una playa alrededor de una hoguera bajo un cielo estrellado o en medio de una inmersión virtual surcando las galaxias a una velocidad estelar.

Ahora bien, el tipo de coordinaciones de coordinaciones de acciones, de emociones, de sentires relacionales, tanto como los medios por los cuales se hagan tales coordinaciones, definen a su vez el tipo de lenguaje y de conversación que se sostiene. Así, por ejemplo, bailar es una práctica en el lenguaje aunque se haga en silencio. Es decir, hay tantas conversaciones según sea la participación operacional y relacional del organismo y del cuerpo en la recursividad de coordinaciones de acciones, emociones y sentires relacionales, que constituyen el lenguaje. Así, se puede referir al lenguaje hablado, escrito, musical, corporal o artístico y demás, según se coordinen coordinaciones de acciones orales, escriturales, musicales, corporales o estéticas; en la misma dirección se podría hablar de distintos tipos de conversaciones, según se distinga el régimen de coordinaciones recursivas que se instaure y las emociones y los sentires relacionales que lo suscitan y que fluyen a través de él.

Recordemos que los seres humanos, en tanto seres vivos, siempre nos encontramos inmersos, a cada instante, en un sentir relacional íntimo o en una emoción específica; es decir, en un estado particular de nuestra estructura fisiológica, la misma que determina a cada instante las respuestas dadas a cualquier estímulo que la perturbe. Esto es, nuestra

participación en el lenguaje, así como cualquier acción que realicemos en cualquier ámbito de nuestra existencia, siempre la hacemos desde un sentir relacional íntimo o desde una emoción particular y no hay otra alternativa. El conversar es, pues, desde este planteamiento, cualquier deriva en el lenguaje que experimenten los seres humanos desde las emociones y los sentires relacionales que los habiten. El conversar es un entrelazamiento entre el lenguajear, el emocionarse y los sentires relacionales.

Lo relevante de los sentires relacionales íntimos y de las emociones para efectos de nuestro vivir humano está dado por la relación generativa que hay entre ellos y las acciones realizadas, esto es, como seres vivos los humanos no tenemos forma de realizar ninguna acción (ni física, ni síquica, ni cultural ni espiritual) si nuestra biología cultural no está instalada en la emoción correspondiente. Nuestras acciones dependen siempre de las emociones y de los sentires íntimos, puesto que toda acción es función de la estructura fisiológica que la realiza en cualquier dominio de realidad abierto por dicho ser humano con su particular vivir. Desde el punto de vista posracional, es evidente que la emoción y los sentires relacionales íntimos constituyen un referente para la determinación de los significados, informaciones y sentidos que van emergiendo paulatinamente en el fluir en el lenguaje a través del conversar. El desconocimiento de la biología cultural hace que muchos estudiosos de las ciencias sociales y humanas dejen en el olvido la relación entre las dinámicas emocionales, los sentires relacionales íntimos y los significados y sentidos involucrados en todo fenómeno humano y social, con lo cual se generan serias cegueras y recortes comprensivos en tanto que se desconocen variables fundamentales del fenómeno.

De todo lo dicho puede avizorarse pues que los seres humanos al hacer nuestra vida en el lenguaje a través del conversar, podemos tener conversaciones que generen o no generen: informaciones, comunicaciones, sentidos y diálogos. La emoción y el sentir relacional

íntimo que favorece el surgimiento de conversaciones generadoras de diálogos y de comunicaciones es la emoción y el sentir relacional íntimo del amar entendida como el dominio operacional relacional conductual en el cual el otro, la otra y uno mismo, surgen como seres legítimos en su ser en convivencia con uno y/o con los otros (Maturana y Dávila, 2009, p. 27). Veamos a continuación las características de la experiencia en el lenguaje y en el conversar que denominamos información.

El informar

Afirman Deleuze y Parnet en sus *Diálogos*:

Quizá sea que la información es un mito, y que el lenguaje no es esencialmente informativo. Primero, hay una relación lenguaje rostro, pues, como dice Félix, el lenguaje está siempre marcado sobre los rasgos del rostro, los rasgos de “rostridad”: mírame cuando te hablo..., baja los ojos... ¿Qué?, ¿qué has dicho?, ¿por qué pones esa cara? Lo que los lingüistas llaman “rasgo distintivos” ni siquiera sería discernible sin los rasgos de rostridad. Y esto es tanto más evidente cuanto que el lenguaje no es neutro, no es informativo... Habría que modificar el sistema de la informática. El esquema de la informática parte de una información teórica que se supone máxima; en el otro extremo coloca el ruido como interferencia, anti información, y entre los dos, la redundancia, que disminuye la información teórica, pero que al mismo tiempo permite vencer el ruido. Lo contrario sería: arriba, la redundancia como modo de existencia y de propagación de las órdenes; abajo, la información rostro, que correspondería al mínimo requerido para la comprensión de las órdenes; y más abajo aún, algo que podría corresponder tanto al grito como al silencio, también al tartamudeo, y que sería algo así como la línea de fuga del lenguaje, hablar en su propia lengua como extranjero (Deleuze y Parnet, 1980, p. 27).

El modelo de transmisión de información sostiene un gran prejuicio al comprender el lenguaje en relación con la percepción. Tal prejuicio consiste en pensar que si la percepción no fuera captación de flujos directos de información desde el medio externo hacia el ser vivo, entonces todo acto de los seres vivos sería caótico. Sin embargo, los seres vivos y los seres humanos nos movemos, en términos de Maturana, en las coherencias operacionales del hacer, y realizamos

casi todas nuestras acciones de forma coherente y exclusiva mediante percepciones “virtuales” del medio en que se actúa y sobre el cual se suscitan series de cambios estructurales en diferentes unidades. Cuando obturamos un dispositivo generador de actividad en una estructura, por ejemplo, cuando hundimos un botón del teclado del ordenador, lo que hacemos no es ingresar información sino suscitar una serie de cambios estructurales que generan el efecto que deseábamos si la estructura del ordenador se encuentra en el estado apropiado para responder de tal modo: que surja una letra en la pantalla del ordenador, por ejemplo. Cuando se hace una intervención quirúrgica con la ayuda de pequeñas cámaras de video, vemos, por lo menos, que las coherencias de las acciones realizadas por el cirujano desde su percepción, no requieren de transmisión de información directa desde algo externo.

En efecto, creo que el lenguaje no es eminentemente informativo, como afirman Deleuze y Parnet, pero además, creo que los seres humanos de forma efectiva tenemos la experiencia de la información y también que en la vida diaria abusamos de dicha noción, antropomorfizando innumerables fenómenos físicos, químicos y biológicos. Por ejemplo, en la cotidianidad afirmamos sin reparo: que las flores reciben información cuando los rayos del sol inciden sobre sus pétalos; que nosotros le ingresamos información a un ordenador cuando obturamos su teclado; o que al percibir un sonido articulado ingresa información a nuestro cerebro. Dichos modos de hablar son antropocéntricos y transmisionistas, primero, porque le atribuyen a procesos no humanos características de procesos humanos y, segundo, porque le otorgan a un estímulo la capacidad de determinar la respuesta de lo estimulado, cuando en verdad un estímulo solo puede desatar la respuesta de lo que perturba, la misma que surge de forma espontánea como reacción de la estructura perturbada en función del estado en el que se encontraba en el momento de recibir la perturbación.

¿Qué es lo distinguido cuando se distingue una información? Se trata de una distinción que se hace en el conversar, —que incluye la

historia de recursividad de coordinaciones sucesivas de haceres, los rasgos de rostridad, los tónicos y quinésicos, los sentires relacionales íntimos, los racionales y las emociones—, en la cual el referente básico lo constituyen las distinciones ya vividas, de modo que si lo que se está distinguiendo, bien sea una percepción, una descripción o una explicación, se lo considera ya vivido, no se ve como nueva información, pero si lo distinguido no se considera ya vivido, entonces se le distingue como nueva información. La información nueva tiene que ver con la conciencia del carácter inédito de una distinción, bien sea ésta una percepción, una descripción o una explicación, y es por lo tanto una experiencia que sólo puede experimentar un observador, un ser que vive en el lenguaje. La información como fenómeno, pues, sólo se da en las conversaciones, en el acoplamiento conductual y emocional recursivo que las constituyen. Todos los estadios, medios y apoyos del proceso de “transmisión” de información, son eso, estadios, medios y apoyos, pero no constituyen la información propiamente dicha, la información es una distinción inédita que surge como tal al ser comparada con el universo de nuestras distinciones previas en medio de una conversación.

Debido a que los fenómenos físicos no hacen distinciones, ni conversan, esto es, debido a que no perciben ni coordinan coordinaciones de acciones entre sí, se concluye que entre los fenómenos físicos no se produce el fenómeno de la información: la flor no recibe información de los rayos del sol y el ordenador no recibe información cuando tecleamos su arquitectura, el ordenador y la flor solamente reacciona automática, irreflexiva y congruentemente de acuerdo con el estado de sus estructuras, al estímulo que las perturba, y como la flor y el ordenador no participan de juegos de recursividades de coordinaciones de acciones y emociones, entonces no pueden experimentar información. Por otro lado, cuando los seres humanos, que sí percibimos y conversamos, escuchamos un sonido articulado, lo que sucede es que las ondas sonoras sencillamente llegan a perturbar el tímpano sin ingresar nada a él. La información, por lo tanto, ni se transmite ni se capta, la información se

comparte propiciando su generación espontánea en el receptor y no de manera controlada, como una distinción inédita que surge como tal, al ser comparada con el universo de las distinciones previas, mediante juegos de recursividades de coordinaciones de acciones, sentires relacionales, racionales y de emociones por consenso.

El comunicar

La perspectiva que ahora presento toma distancia de la teoría clásica de la comunicación en tanto que esta última, como veremos en la cita que a continuación comparto, considera que la información es un fenómeno de trasvase que se da por igual en el mundo físico, en el biológico y en el humano, mientras que desde el presente artículo comprendo la información como un fenómeno que surge exclusivamente en el mundo del conversar humano, como una distinción comparada con el conjunto de las distinciones previas, generada espontáneamente y no de manera controlada, mediante recursividad de coordinaciones de haceres, de sentires relacionales, racionales y de emociones por consenso. La teoría clásica de la comunicación estudia:

Los fenómenos de transmisión de las señales, tanto entre máquinas (aparatos reguladores de otros, o correctores, por ejemplo), como entre hombres o entre máquina y hombre (una señal luminosa de aviso puede servir de muestra). El que indicamos a continuación es un esquema general del proceso de comunicación. Desde una fuente de información (que puede ser bien un depósito de gasolina, por ejemplo, bien un pensamiento), por medio de un aparato transmisor (la boya, la voz) se produce una señal (impulso eléctrico, emisión sonora); la señal viaja a través de un canal (alambres, ondas acústicas) y puede ser entorpecida por un ruido (alteración, atenuación, interferencia). Después de salir del canal, la señal es percibida por un receptor (amplificador, oreja) que la transforma en un mensaje (lucecita roja, palabras) comprensible para el destinatario mediante un código, es decir, un sistema de reglas y de indicaciones comunes al transmisor y al destinatario (libro de instrucciones, lengua). A esta operación se la llama decodificación, y gracias a ella el destinatario recibe por el mensaje una determinada (y cuantitativamente determinable) información. El proceso de comunicación es, ante todo, un trasvase mecánico de información, que

puede prescindir perfectamente de un destinatario humano. Cuando el agua de un embalse alcanza un nivel de peligro, dispara un sistema eléctrico que produce automáticamente la apertura de una compuerta de seguridad; pero, si al mismo tiempo se pone en funcionamiento una sirena de alarma, la comunicación se convierte en significación, porque implica un código interpretativo; es decir, un destinatario humano capaz de decodificar la información (el sonido) en un mensaje (situación de alarma)” (Marchese y Forradellas, 1994. p. 67).

Como he dicho antes, según la explicación propuesta por Maturana, este modelo resulta totalmente inadecuado aplicado a la percepción, debido a que la fisiología es una estructura que tiene en sí misma, —a cada instante, previamente estructurada en ella— todas las respuestas a todos los estímulos que la perturban, lo cual implica que la información no pueda ser trasladada mediante una operación de trasvase mecánico como afirman Marchese y Forradellas. En la vida cotidiana decimos que hay comunicación cuando, entre muchas otras situaciones, hay flujo de señales físicas de un punto a otro, cuando hay entrega y recibimiento de entidades físicas, textos o mensajes por cualquier medio, cuando establecemos de algún modo contacto con otro para conversar, cuando se puede conversar, o cuando en la conversación se tienen las experiencias de compartir un mensaje o una información. Ahora bien, se tiene la experiencia de compartir un mensaje, cuando un observador emisor percibe que hay congruencia entre lo que él consideró que emitió con lo que el observador receptor consideró que recibió y viceversa. Y por otro lado, se tiene la experiencia de compartir una información cuando, lo percibido por el observador receptor, que no es transmitido sino generado espontáneamente en él, por su sistema nervioso, en virtud de las coordinaciones de coordinaciones de acciones y emociones de las cuales participa con el observador emisor, surge ante él como una distinción inédita en el concierto de sus distinciones previas.

Repitamos, decimos que hay “transmisión de mensaje” de un interlocutor a otro, cuando el emisor y el receptor, al escuchar y comparar mutuamente lo percibido con lo emitido, determinan recíprocamente que hay congruencia entre ambos; y decimos que hubo “transmisión

de información”, cuando el mensaje distinguido por el receptor resulta siendo inédito en el conjunto de sus distinciones previas. Cuando estos procesos se dan, se dice que el proceso de comunicación, la entrega del mensaje y/o de la información, fueron correctos, pero todo ello ocurre según la explicación biológica de la percepción, que es lo más relevante en este pasaje, sin que en realidad ingresen mensajes e informaciones al sistema nervioso. “Anatómicamente, la organización de un sistema nervioso es la de una red cerrada de componentes interactuantes que integran un sistema mayor en el cual se expanden, a través de su operación, el dominio de estados y el dominio de interacciones” (Maturana, 2002, p. 65). La información, por lo tanto, no surge por un fenómeno de transmisión o de captación, uno no le ingresa información a sus estudiantes ni los estudiantes le ingresan información a uno, lo que pasa cuando surge la información en alguno de los interlocutores es algo completamente diferente, es una distinción que hace un interlocutor en el flujo del conversar del cual participa, que resulta siendo inédita en relación con el conjunto de sus distinciones previas.

La comunicación surge por efecto de las coordinaciones recursivas de acciones, de sentires relacionales, de sentires racionales y de emociones por consenso que se hagan. Los acuerdos y desacuerdos que dan lugar a que se afirme que hubo o que no hubo proceso de generación de información en una conversación, surge espontáneamente del fluir de las coordinaciones de coordinaciones de acciones y emociones por consenso. Cuando un interlocutor afirma que el otro percibió la información que quería transmitirle, lo que pasa no es que haya ingresado el mensaje al organismo ni al sistema nervioso de su interlocutor, lo que ha sucedido es que ambos han participado de un flujo de coordinaciones recursivas de acciones y de emociones, dentro del cual coordinan lo que cada uno considera como lo emitido con lo percibido en el deseo del emisor de hacer participe al receptor de las coordinaciones de coordinaciones de acciones y de emociones que le interesa compartir.

Lo que vemos como comunicación en el sentido de “transmisión de información” no es un fenómeno de trasvase, sino un efecto de las coordinaciones recursivas de acciones y emociones consensuales que generan una serie de obturaciones de la estructura del organismo y del sistema nervioso del receptor, a partir de los estímulos del emisor, que generan cambios de relaciones de actividad de su red neuronal que producen en el dominio de la relación del organismo del observador receptor con el medio, lo que él ve como mensaje y/o información y que puede ser o no congruente con el mensaje y/o la información que asocia el emisor a su mensaje, a partir de lo cual pueden ilusionar que hubo ingreso de mensaje y/o información o fallos en el mismo; pero, lo que hay en realidad siempre es un proceso generativo espontáneo de sentires emocionales y racionales en cada quien, modulado por su vivir cultural, dentro del cual se puede tener la experiencia de percibir mensajes y/o informaciones: la información no es un fenómeno material sino relacional. Las palabras que llegan como ondas sonoras desencadenan las percepciones en el lenguaje, que el observador ve como significados transmitidos, pero que en verdad son generados por su propia red neuronal.

Así como las imágenes de la pantalla de un televisor no están en sus circuitos, así mismo en el sistema nervioso no hay palabras, ni símbolos, ni significados, pero son los cambios de relación de actividad de la red neuronal los que generan las reacciones que el observador ve en el dominio de la relación de su organismo con el medio, como los significados, los símbolos, las palabras o los sentidos transmitidos. Es decir, que si bien hay transmisión y comunicación de señales físicas, lo que no hay es transmisión de información. En esta explicación del lenguaje y de la información las ideas se van germinando tal cual vemos germinar las flores y las plantas, ellas van brotando espontáneamente, porque nuestro vivir cultural modula el operar del sistema nervioso en el que “todo cambio de relaciones de interacciones entre sus componentes genera nuevos cambios de relaciones de interacciones

entre sus componentes”, al mismo tiempo que la deriva del operar del organismo y del sistema nervioso modula nuestro vivir cultural en conversaciones. Por eso, todo lo humano se da, desde lo más sagrado hasta lo más profano, en el dominio de la biología cultural. Por esta vía los repartos epistémicos que devalúan, o bien, lo biológico o lo cultural, generalmente terminan siendo moralistas.

El dialogar

Lo que vemos cuando decimos que vemos o que participamos de un diálogo es un acoplamiento conductual recursivo entre seres humanos de acciones lingüísticas — eminentemente orales o escriturales— de emociones y de sentires relacionales y racionales, sea cual sea el medio en el que se den, donde surgen las figuras de los interlocutores, los cuales viven la experiencia de estar compartiendo o rebatiendo mensajes, conocidos o inéditos. En este último caso, en el cual se afirma que los mensajes traían información, aunque, como ya se ha reiterado en varios ocasiones, en el funcionamiento de la biología de los interlocutores no hay ni emisión ni recepción de información, debido precisamente a que los estímulos no le ingresan nada al sistema nervioso que especifique o informe su funcionamiento, sino que tan solo lo perturban desatando la respuesta que el observador ve como lo percibido.

Somos los seres humanos, en nuestro conjunto, quienes como totalidades en el espacio de la relación de nuestros organismos con todo lo que nos rodea, tenemos la experiencia de operar con palabras, significados, símbolos, sentidos e informaciones. El lenguaje no está localizado en ninguna parte específica de nuestra fisiología, tal cual, el andar de un carro no está localizado en ninguno de sus componentes estructurales, aunque el andar los involucre y dependa de ellos; el andar del carro surge por un operar específico de sus componentes, en una relación particular como totalidad con lo que lo rodea, de modo que si no se dan las operaciones adecuadas entre los componentes que lo conforman y las relaciones adecuadas como totalidad con todo lo que

lo rodea, no surgirá el andar del carro como una forma específica de su relación como totalidad con todo lo que lo rodea (Maturana, 2002, p. 84).

El diálogo es, pues, una deriva en el fluir del conversar oral o escritural entre una, dos o más personas, en el cual puede darse o no el fenómeno de la información y de la comunicación, no como trasvase mecánico, puesto que la información no es un fenómeno material sino relacional, sino, como efecto generativo cognitivo de la recursividad de coordinaciones de haceres, de emociones y de sentires relacionales y racionales íntimos, en el cual el contenido del mensaje, generado antes que comunicado, está siempre por determinar en su objetividad, puesto que él siempre es un efecto espontáneo cognitivo de la recursividad de coordinaciones de haceres, de emociones y de sentires relacionales y racionales en cada participante, en una dinámica dentro de la cual ninguno distingue en una sola experiencia si lo distinguido como mensaje generado, es una ilusión o es una percepción. Esto explica, primero, que no pueda haber ninguna comunicación exenta de malentendido y, segundo, que frente al malentendido no quede más que volver a conversar; es decir, a derivar en recursividades de coordinaciones de haceres, de emociones y de sentires relacionales y racionales por consenso.

K



Referencias

- Deleuze, Gilles y Parnet, Claire. (1980). *Diálogos*. España: Artes gráficas.
- Marchese, Angelo y Forradellas, Joaquín. (1994). *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*. Barcelona: Ariel.
- Maturana Humberto y Dávila Ximena. (2009). *Memorias Círculos Reflexivos en Biología Cultural, Otro Sentido*. Colegiatura Colombiana Facultad de Comunicación Organizacional con énfasis en Relaciones Internacionales. Medellín, septiembre 18, 19 y 20 de 2009.
- (2008). *Habitar humano en seis ensayos de biología cultural*. Santiago de Chile: JC SÁEZ Editorial.
- Maturana, Humberto. (1995). *La Realidad: ¿Objetiva o construida?* Barcelona: Anthropos.
- (2002). *La objetividad un argumento para obligar*. Santiago de Chile: Dolmen Ensayo.